



Simone Weil: La Mística del Vacío

Rafael Amela Rueda

El propósito del presente artículo es desgranar el concepto de gracia en Simone Weil, sobre el que discurre la filosofía de la autora. Colateralmente, este trabajo supone también una presentación de su pensamiento, el cual continúa sin ser abrazado por el gran público, aun cuando existen serios motivos para lo contrario. Desde la gracia, como contraposición a la gravedad, analizaremos el mundo de la necesidad así como la única posibilidad de abstención a los mecanismos propios de la fuerza: el vacío. En este sentido, metafísica, psicología, ciencia, y religión, se concentran en una ética basada en experiencias místicas que, en ocasiones, el lector (yo mismo) sólo es capaz de intuir. Desde un compromiso inquebrantable entre vida y obra, Weil deja que el lenguaje de la verdad hable por su boca, como si su pensamiento estuviera dirigido por algo que se encuentra más allá de sí misma.

Introducción

El mundo se constituye a partir de una suprema ley natural: la ley de la gravedad. Afecta a todo lo físico y material, incluso va más lejos, sometiendo también a sus decretos al ámbito del espíritu. Todo lo natural es fuerza y necesidad, la gravedad es la ley del equilibrio de los distintos puntos de fuerza en contacto. Únicamente manteniéndonos en el vacío, en el desequilibrio natural, es posible que lo imposible suceda. Un equilibrio de orden superior, sobrenatural, colma de luz el vacío: la gracia. Veremos como este concepto tan manido por la filosofía religiosa adquiere tintes sorprendentes en la obra de esta autora. En realidad, Weil traza el curso por el que ha de dirigirse todo aquel a quien esta experiencia le sobreviene, mostrando la dificultad y el sufrimiento que ello supone y delimitando el área que se sustrae a la gravedad moral.

De todo ello hablaremos aquí sin pretender realizar un examen exhaustivo de cada uno de los puntos de su filosofía, sino centrándonos exclusivamente en su obra *La gravedad y la gracia* (*Le pesanteur et la grace*), en tanto constituye, junto con *Cuadernos de filosofía* (*Cahiers*) la base de su pensamiento, si bien tomaremos en consideración ciertos aspectos contenidos en otros libros cuando sea oportuno.

La Gravedad y la Gracia

La ley de la gravedad moral actúa en el alma de forma análoga a como lo hace respecto de la realidad física. La gravedad es bajeza y superficialidad, es necesidad, la gravedad todo lo colma. Sólo la gracia es capaz de traer luz a las tinieblas de la gravedad. La gravedad es estricta, nuestros actos se someten a sus designios y lo que esperamos de los demás es precisamente el efecto que produce en nosotros esa misma gravedad. La gravedad es la morada de los actos de bajeza moral, la energía

que impulsa una acción es mayor cuanto más bajo es el objeto o motivo de la misma¹. Es difícil contar con la energía suficiente como para realizar un acto de cierta altura. El mundo de la gravedad se retroalimenta a sí mismo, no necesita nada para continuar su movimiento, puesto que él mismo es necesidad. En este sentido, liberarse de las cadenas de la gravedad implica necesariamente liberarse de uno mismo. Vacío: estado del alma en el que puede penetrar la luz sobrenatural, luz colmadora de vacío, gracia. Sin embargo, liberarse de estas cadenas no es algo que pueda hacerse contando con la propia energía de uno, podemos estar seguros de que todo lo que nos sucede proviene de nosotros mismos, de la gravedad. Procurar alimentarse de luz y no de fuerza es, en realidad, la única virtud que existe y su contrario el único vicio, todo lo demás se sigue de ello.

“La creación está hecha del movimiento descendente de la gravedad, del movimiento ascendente de la gracia y del movimiento descendente de la gracia a la segunda potencia. La gracia es la ley del movimiento descendente.”². En estas dos frases quedan definidos los dos conceptos capitales de la filosofía weiliana. En principio parece contradictorio que la gravedad sea la ley del movimiento descendente, cuando después de haber dicho que la gracia es la ley del movimiento ascendente, dice en la última frase que la gracia es la ley del movimiento descendente. La frase mediadora entre ambas es la que define a la gracia como el movimiento descendente a la segunda potencia³. La segunda potencia hace referencia al ámbito matemático, a la geometría, la proporción o la racionalidad existente entre la unidad y un número cualesquiera que no sea cuadrado de otro. Este tipo de proporción fue descubierta por los pitagóricos, quienes quedaron asombrados al contemplar un riguroso equilibrio entre números de naturaleza no semejantes. Un lógos a-lógos parecía ir contra natura, y sin embargo, estaba presente en la misma naturaleza, un sello sobrenatural preside la creación. En este sentido, el equilibrio propio de la fuerza, colmador de vacíos, se encuentra aparente y superficialmente en lo alto, sin embargo, la gravedad es el peso de la fuerza, de la necesidad, es bajeza, mientras que el vacío es la ausencia de lastre, la levedad. Por esta razón, rebajarse es subir respecto de la gravedad moral, de modo que al abstenernos de la necesidad propia de las relaciones de fuerza bajamos sólo aparentemente, pues en realidad ascendemos. Por consiguiente, en términos absolutos gracia es ascensión y gravedad lo contrario, sin embargo, la gracia requiere de la mediación de esa segunda potencia. Para que la gracia, en tanto que energía sobrenatural colmadora de vacío, sobrevenga, ha de existir una mediación no natural, una asimilación a lo divino. En rigor sólo Cristo es mediador entre lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural, sin embargo aproximarse asintóticamente a él es cuestión que toca a los mortales. Por esta razón podemos decir que la gracia, en lo que respecta al hombre, es la ley del movimiento descendente a la segunda potencia, en tanto que proporción entre realidades no semejantes. Quien desciende realmente es Dios, y quien parece descender respecto de la gravedad moral es el iluminado, aun cuando éste ascienda realmente (es decir, desciende sin gravedad). En Dios se da un descenso, mientras que en el hombre un ascenso, aun cuando éste requiere un descenso respecto de la gravedad moral, que aparentemente está en lo alto y realmente desciende hasta lo más bajo. En realidad, la gracia es la ley del movimiento descendente tanto en Dios como en el hombre, lo que sucede es que nuestro descenso permite, en tanto que mediación geométrica, el descenso de Dios

¹ Se puede hacer cola para conseguir un huevo durante toda la noche, y sin embargo no es tan fácil que esa misma energía se movilice para salvar la vida de una persona.

² *La gravedad y la gracia*, pag. 55. Ed. Trotta, Madrid 2001.

³ Para comprender mejor esta cuestión es necesario remitirse a las obras de Weil: *La fuente griega (La source grecque)* e *Intuiciones precristianas (Intuitions pré-chrétiennes)*, ambas en Ed. Trotta

(penetrando desde el vacío) de forma que finalmente se produzca un ascenso en el hombre, gracias a Dios y no a nosotros, en relación a la gravedad moral. La diferencia entre la gravedad y la gracia es que en el primer dominio el hombre intenta ascender contando exclusivamente con su propia energía, por lo que en realidad cae, mientras que en la gracia el ascenso es real y producido por la energía sobrenatural que, desde el exterior, colma el vacío procurado mediante un movimiento descendente, es decir, mediante un cese de energía propia. En definitiva, la gracia implica un proceso de transubstanciación de energía.

Gravedad

Mecánica de la gravedad: sufro, intento transmitir mi sufrimiento a otro; alguien me necesita verdaderamente, yo me alejo. Mantener el vacío, en tanto que desorden natural, es abstenerse de esta dinámica, se trata de no buscar ninguna compensación al vacío. Perdonar el dolor que alguien nos ha infligido es mantener el vacío, lo contrario supone gravedad, compensación, orden natural y necesario. Sin embargo, lo que a menudo ocurre es lo contrario, la dureza de las circunstancias provoca que rebasemos el estrecho límite de la energía proporcionada por los sentimientos elevados, y recurramos a los bajos sentimientos (envidia, codicia, deseo de éxito social etc.). Por lo que respecta al mundo, todas las cosas poseen un límite, reconocerlo y rebasarlo es algo que requiere de lo sobrenatural, lo que exige a su vez el rebajamiento propio del vacío. Cualquier tipo de compensación al vacío impide la gracia, y cualquier frustración de tal compensación se resuelve en degradación de energía. Una forma de compensación es el deseo de objetos particulares, el cual reviste, como sucede siempre en el ámbito desiderativo, de un carácter ilimitado. Pues bien, la frustración de tal deseo produce la transferencia de dicho carácter absoluto al obstáculo de consecución del objeto de deseo.

Aceptación del Vacío

Sólo aceptando el vacío puede lo sobrenatural colmar el espacio ausente de gravedad, la gracia es ambas cosas: aceptación y colmo del vacío. La contemplación y el alimento son en Dios una y la misma cosa, nuestra asimilación radica en llegar a alimentarnos de pan sobrenatural, pues en el hombre estas cosas no coinciden. *“Amar la verdad significa soportar el vacío, y por consiguiente, aceptar la muerte. La verdad se halla del lado de la muerte⁴”*, en este sentido filosofar es aprender a morir. Aceptar el vacío es un acto que requiere energía que provenga de más allá de uno mismo, supone un desgarramiento en el alma incomparable a ningún otro en tanto no se espera recibir recompensa alguna. Representarse el mundo desde el vacío es aceptar una necesidad distinta a la de la gravedad, es reconocer la necesidad de Dios en lo natural. Supone irremediablemente la muerte de uno mismo (del yo propio de cada cual), la extinción del deseo referido a objetos, así como dolor y sufrimiento extremos. En realidad, lo que decanta la balanza a favor del acaecimiento de la gracia es algo diminuto como el *grano de mostaza* bíblico, se trata de instantes de vacío en los que uno puede ser colmado o caer. Es, pues, necesario exponerse al vacío sin esperar

⁴ *La gravedad y la gracia*, pag 62

nada, experimentar una desgracia sin consuelo, máximo desapego a las cosas de la naturaleza.

Anhelar sin Objeto

Aceptar la nada esencial que nos define como puntos vacíos de fuerza, “*condonar las deudas*”, es decir, asumir el pasado borrando la esperanza del futuro, traer al presente la eternidad del tiempo. Todo esto supone una soledad y desgracia extremas, un desapego total de las cosas que llenan el mundo, una renuncia a lo material desde cierta perspectiva. Renunciar a lo material en aras de alcanzar un bien espiritual sería pervertir la renuncia, en tanto la finalidad consistiría en recibir una compensación al vacío. El esfuerzo del desapego va más allá: implica reconocer ciertos bienes materiales como condiciones de los bienes espirituales y, aún con todo, renunciar a ellos. En este sentido, es preciso “*renunciar a todo cuanto no sea la gracia, y no desear la gracia*.”⁵ No obstante, esto no posible sin erradicar el objeto propio de deseo, es decir, sólo puede cumplirse desde el puro deseo carente de finalidad. En el vacío el mundo se encuentra exuberante de completud, está *realmente* lleno, el deseo en vacío es deseo carente de fin, por consiguiente, carente de compensación, sólo así disponemos de cuanto deseamos. Por consiguiente, “*la purificación es la separación del bien y de la codicia*”⁶, esto es, del bien y de la cosa buena, del deseo y del objeto. El deseo en tanto que movilización de energía no falsifica nada por sí solo, esto sucede únicamente cuando dicho deseo queda asignado a un objeto concreto. La forma real en que tienen existencia los objetos para el hombre es el sufrimiento y el dolor propios del vacío de los mismos. Esto se ve claramente en el amor que dispensamos a un ser querido que ha fallecido, lo que debería hacernos ver que no hay que pensar nunca en un ser querido sin pensar al mismo tiempo que puede haber dejado de existir. Lo que siempre será real es nuestro amor por él, independientemente de que viva o no. El objeto en tanto que objeto de bondad o valor es una ilusión, una irrealidad, no así su existencia. En la caverna platónica lo importante no es que para los prisioneros existan sombras que creen realidades, sino que éstas son los únicos bienes que se poseen o se desean poseer, ansían tales sombras como si de bienes se tratara. El deseo es real, lo falso radica en el objeto como referente de deseo, separar ambas cosas produce dolor en el alma, no hacerlo produce sueños. Así, en lo profundo de nuestra alma poseemos aquello que deseamos, pero sólo nos percatamos de ello al prescindir de los objetos a los que asignamos los anhelos.

Gracia

El platonismo se reconoce nítidamente: en la renuncia misma nos es dada la realidad. Lo que creemos real no es sino la transposición de nuestros propios apegos y deseos a las cosas, un consuelo al vacío, como todo excepto el verdadero vacío: una ilusión⁷. La gracia no promete nada, no consuela, no compensa, sólo colma, es puro amor, amor a la gravedad desde la renuncia a ella, aceptación de lo sobrenatural

⁵ Ibid., pag. 63

⁶ Ibid., pag. 71

⁷ Por esta razón señala Weil: “*Nos asimos a la posesión de una cosa porque creemos que si dejamos de poseerla deja de existir*”. Ibid., pag 63.

en lo natural⁸. Y esto no es cuestión que la inteligencia pueda resolver en exclusiva, lejos de esto, sólo puede servirnos de medio para ir limpiando, mediante un difícil adiestramiento, todo aquello que *forzosamente* nos llena. El verdadero dolor desgarrador puesto que de no ser así significa que ha recibido consuelo o compensación, sea del tipo que sea. Lo que deshace por dentro es la renuncia a todo aquello que se ama en el mundo, incluso a Dios. Como único capacitado para colmar nuestro vacío, es preciso renunciar a creer en su existencia renunciando a la ilusión de la compensación. Amarle desde la negación de su existencia es cuanto uno puede hacer (de lo contrario desearíamos el objeto), entonces, su manifestación se efectuará, aun cuando ésta se presente en forma de ausencia. Así pues, no hay que buscar el vacío ni tampoco huir de él, la mano izquierda debe ignorar lo que hace la derecha, de lo contrario estamos persiguiendo una finalidad, cuando nuestro guía debe continuar siendo únicamente el mantenimiento en el vacío. Es claro que esto es, en sentido estricto, un imposible para el hombre, más si se tiene en cuenta que el propio Cristo fue incapaz de saberlo⁹.

En este sentido, la gravedad opera como un sueño, una ilusión: la guerra, la venganza, el suicidio, el crimen son, en cierto modo, irrealidades pese a que sea muy cierto y real el que sucedan. No es sino el resultado necesario de la ciega justicia natural, de la balanza a la que indefectiblemente tiende lo inerte¹⁰. Perfectamente se puede sufrir sin por ello purificarse a través de ese sufrimiento, sólo se requiere de la imaginación colmadora de vacío, ese mal sueño, ese rey inconsciente de nuestro acontecer. La imaginación colmadora de vacíos se extiende implacable a todo, incluso a la esfera temporal. La renuncia de la gracia pasa por la abstención del pasado y del futuro en tanto que ilusiones colmadoras. Pasado y futuro son los tesoros más preciados en el hombre, si bien la desdicha pasada priva del pasado mismo. De ambas irrealidades sólo cura la eternidad, y esto no ocurre sin que el dolor y sufrimiento extremo estén presentes. Adiestramiento del alma: traer al presente aquello que se desea del futuro, de forma que la finalidad que él contiene adquiera un carácter de eternidad. Así, el futuro y el fin asociado a él desaparecen, lo cual nuevamente provoca desesperación, vacío. El presente es el límite temporal para el hombre, ir más allá es un espejismo.

Todo esto significa que el dolor y el sufrimiento no suponen ninguna recompensa, el vacío no es un consuelo, sino amor puro desde el sufrimiento puro¹¹. De Cristo nos separa únicamente el pecado, y a él nos acerca exclusivamente el vacío. El pecado no es otra cosa que colmar un vacío, gravedad moral, Cristo contó con la posibilidad del pecado, pero se mantuvo en el vacío, vaciándose incluso de su divinidad. Es la energía sobrenatural externa a nosotros la única con la que hay que contar, pues la que uno posee nada siempre en aguas de la gravedad. Por esta razón señala Weil: "*Suplicar a un hombre constituye un intento desesperado de traspasar, a*

⁸ En este sentido, amar la gravedad en toda su extensión es un acto sobrenatural, supone condensar toda la miseria humana de forma que no se diluya en el tiempo y amarla, para lo cual uno debe haberse distanciado de ella.

⁹ Recuérdense las palabras de Cristo "*¿Dios mío, por qué me has abandonado?*" Mt. 26, 46 en las que no reconoce a Dios en la ausencia, tampoco él da crédito al vacío como fuente suprema de energía sobrenatural.

¹⁰ Esto no excluye al ser humano: la gravedad opera en él sumiendo su alma a un nivel vegetativo. En *La fuente griega*, a propósito de una exégesis acerca de la Ilíada, Weil llega a definir a los combatientes en la guerra de Troya como cadáveres vivientes, como "*un compromiso entre el hombre y la muerte*". *La fuente griega (Le source grecque)*, Ed. Trotta, Madrid 2005, pag. 19

¹¹ La alegría suprema en el hombre no la proporciona únicamente la constancia del existir divino sino también la inexistencia de uno mismo.

fuerza de intensidad, el propio sistema de valores al espíritu del otro. Suplicar a Dios es lo contrario: un intento de traspasar los valores divinos a la propia alma.¹²

El Yo

Por consiguiente, nuestra única tarea consiste en la muerte del yo como acto verdaderamente libre, esfuerzo supremo de abstención de la gravedad. De este modo, vaciándonos de nuestra naturaleza dejamos el espacio requerido por el cual pueda penetrar la luz colmada de la gracia. Esto quiere decir que cualquier destrucción del yo operada desde el exterior por una desgracia extrema es un sucedáneo inútil de la llevada a cabo como ejercicio de voluntad. La destrucción del yo desde el exterior no erradica necesariamente el egoísmo, si bien puede hacerlo en los casos en los que sometimiento a la necesidad llega a un extremo de esclavitud total. En aquellos casos en los que el egoísmo persiste adquiere un carácter inerte, vegetativo, el desgraciado acapara para sí todo el amor que otros le ofrecen sin desprender por ello ni un atisbo de gratitud. La desgracia externa suele aliarse con el apego, para el desgraciado cualquier asidero sirve de ayuda para evitar el derrumbe, aunque finalmente todos los apegos se reducen a la supervivencia. Las desgracias así sufridas suelen ofrecer como resultado consecuencias previsibles que forman parte de la gravedad moral, de modo que, por un general, no se trata de mártires sino de personas ensombrecidas por la fatalidad. Si la muerte del yo desde el exterior se ha consumado en su totalidad nada podremos hacer ya para remediar sus efectos. Sin embargo, nunca se puede estar seguro de la muerte del yo, es preciso dispensar amor a estas personas como único remedio que puede hacer surgir nuevamente su yo para poder eliminarlo por sí mismas. Además, se debe tratar de un amor puro, pues de lo contrario, a poco que esté contaminado la caída del desdichado adquiere la forma del odio, en este caso legítimo. Por un general, atender caritativamente a estos hombres conlleva exponerse a la desgracia, más aún, ofrecer amor y recibir fuerza. No obstante, siempre hay que tener en cuenta que la necesidad no es propiedad de nadie, posee un carácter impersonal¹³.

Existe, no obstante, la posibilidad del dolor redentor causado por la muerte voluntaria e interna del yo por amor a Dios. En tales casos, a pesar de haberse destruido el yo desde uno mismo, el efecto que sobreviene es similar al producido por la destrucción del yo desde el exterior, *“aparece entonces la plenitud de la cruz¹⁴”*. Entonces sentir la ausencia divina se torna lo único que hace patente su presencia, pues sólo siente su ausencia quien ya lo tiene presente. La suprema alegría no puede ni siquiera sentirse como tal pues nada hay en los rincones del alma del redimido en los que pueda decirse yo. Una vez más, vemos que no se trata de recompensas, al menos no de carácter natural, la gracia es un bien en sí mismo y, por consiguiente, carece de contrapartida.

¹² *La gravedad y la gracia*, pag. 73

¹³ Por otro lado, el tiempo que se tarda en destruir el yo está en función de la fortaleza o debilidad del carácter de las personas, lo cual, bajo el punto de vista de Weil parece ser algo innato.

¹⁴ *Ibid.*, pag 76

Descreación

La muerte del yo es un acto de *descreación*, de vacío, implica la ofrenda de aquello que recibimos: la existencia propia de cada cual. Nos vaciamos de gravedad, nos sustraemos al peso del yo, dejamos de pertenecernos para pertenecer a Dios. La necesidad es la barrera y el puente a la gracia, en la renuncia, en el retiro, está la mediación. Dios se retira del mundo, renuncia a que todo sea él mismo, nosotros, falsos dioses, debemos rechazar el ser como algo que nos es propio, puesto que en el reconocimiento de la nada que somos radica la plenitud del ser. La creación divina requiere una des-creación por nuestra parte, en este sentido somos co-creadores, puesto que sólo vaciándonos de energía natural la creación puede reconciliarse consigo misma, haciendo efectiva la mediación. Weil lo resume así: “*Ser nada para ocupar en el todo verdadero lugar de uno*”¹⁵. Como condición a esto se encuentra la agonía por la miseria humana en su conjunto, reunida en un instante, la cual no presenta esperanza alguna. Esto no quiere decir que en la felicidad, el placer, o la alegría no pueda percibirse la parte sobrenatural que viene de fuera, en realidad, apuntan a la misma y única sabiduría: la miseria humana.

Necesidad y Obediencia

La muerte del yo es el acto libre por el cual sólo debe hacerse lo estrictamente necesario. Esto es, la libertad del hombre no es otra que la de aceptar la necesidad en toda su crudeza, amarla como un ejercicio de voluntad cuya energía ha de sernos procurada desde el exterior no natural, lo cual sólo puede hacerse realmente a través del amor a Dios. Se trata de una “acción inactiva”, una libertad adscrita a lo necesario; no se obra *con vistas a* sino *por deber*, del mismo modo que no soy yo quien actúa pasivamente sino algo exterior que me empuja. Por eso: “*No hay que socorrer al prójimo por Cristo sino con Cristo*”¹⁶. Únicamente hemos de ser siervos, hemos de imitar a Hermes y convertirnos en mensajeros de Dios, ser intermediarios, mediadores. El desapego, la abstención de la fuerza, el deseo sin objeto, la muerte del yo..., todo forma parte de nuestra des-creación, de nuestro vacío a partir del cual cesamos de hablar y de actuar para dar paso a la voluntad de Dios, en nuestro silencio se escucha su voz. La necesidad contrapuesta a la ilusión¹⁷ se corresponde con la dicotomía ciencia-opinión (episteme o alezeia-doxa, respectivamente) en Platón, por eso, Weil apunta “*lo que en la percepción es real y la distingue del sueño no son las sensaciones sino la necesidad*”¹⁸. Aceptar y amar la necesidad es asumir la muerte, esto sólo es posible si se ama a Dios de forma pura. La necesidad es el reconocimiento de que uno mismo no es el autor de las relaciones mecánicas activas entre las cosas, ni tampoco que lo es el Espíritu Santo, pues esto último todavía se aleja más de la verdad. Amar la necesidad es amar la ciega justicia que de nada ni nadie necesita para administrarse (ni siquiera de Dios), y a la cual todo está sujeto. Amar esa estricta limitación es salir de su dinámica, de otro modo no puede amarse tal cosa. Abstenerse de su dinámica supone la ayuda divina, pues carecemos de la energía para ello. Amar a Dios es ser esclavo de los dictados del rigor mecánico sin

¹⁵ Ibid., pag. 84

¹⁶ Ibid., pag. 91

¹⁷ Aun cuando la dinámica de la necesidad se sirva precisamente de la ilusión colmadora de vacíos. Lo que es ilusión, en realidad, es la inconsciencia que se posee de la necesidad.

¹⁸ Ibid., pag. 96

participar en los mismos, es decir sí incondicionalmente al sufrimiento, el dolor y la muerte, al vacío, a la nada (el miedo nos lo impide)¹⁹. Weil define así la muerte: “Estado instantáneo, sin pasado ni futuro. Indispensable para el acceso a la eternidad²⁰”. Vemos como en la muerte queda eliminada la ilusión compensadora del tiempo concebido como un proceso lineal donde el presente se actualiza a cada instante a partir de un pasado y con la mirada (o la ilusión) puesta en el futuro. Aquí, la necesidad, más bien tiene forma de círculo, la muerte hace patente la eternidad, esa gran devoradora de hombres e ilusiones, de futuro y pasados colmadores de vacío. El dolor extremo, el agotamiento, la sabiduría de la Cruz, hacen surgir el sentimiento de eternidad, es la mayor cura que puede tener un hombre, la del tiempo. Eternamente Cristo es crucificado por el hombre.

La necesidad que rige el mundo requiere nuestra obediencia no en cuanto a sometimiento, pues esto sería gravedad, sino en cuanto a conocimiento y aceptación de las relaciones de las cosas, entre las que incluimos nuestros propios fines. El retiro de Dios en la creación, requiere nuestra desaparición para que la reconciliación entre el hacedor y su obra sea perfecta. Hay que actuar inactivamente, hacer únicamente aquello que *necesariamente* ha de hacerse. En esto radica el sentido inactivo de la acción, en que soy dirigido por la necesidad, es decir, por el mismo Dios. Abstenerse de la fuerza aceptándola y dirigiéndola supone la muerte. Mejor dicho: somos libres de ser esclavos de Dios, y esa libertad radica en no ser esclavos de la gravedad, sino vaciarnos de ella. Esto supone el perfecto equilibrio entre Dios y el mundo, en tanto que entre ambos media el iluminado. Así lo expresa Weil: “*No ser sino un intermediario entre la tierra inculta y el campo labrado, entre los datos del problema y la solución, entre la página en blanco y el poema, entre el desdichado con hambre y el desdichado saciado*”²¹. El vacío conlleva, por tanto, obedecer a las relaciones de las cosas que manifiesta la necesidad, pero no a la gravedad, las acciones se realizan de modo natural sin que por ello colmemos ningún vacío.

Si indagamos en las relaciones necesarias de las cosas vemos que lo real en ellas es su existencia, son reales en tanto que son perceptibles por la sensibilidad, sin embargo, el valor que les asignamos es una pura ilusión. También tiempo y espacio deforman la realidad, sólo la eternidad puede curarnos de tales ilusiones. Gravedad: caverna platónica, esto es, sometimiento por parte del hombre a aquello que, en realidad, no es. La rigurosidad científica respecto de las relaciones de las cosas debería descubrirnos, por tanto, el misticismo, el carácter sobrenatural cuya huella se advierte en la naturaleza, muy al contrario, en nuestros días se opone a ello. La obediencia a la necesidad supone conservación, imitación del acto de creación divino, por consiguiente, mediación en la que no queda rastro del yo. No hay destrucción, hay amor puro, hay descreación, desapego, deseo sin objeto, existe aquello que deseamos en tanto no se desea objeto concreto alguno, ni soñamos con el goce que de ellos pueda derivarse. “La creación: el bien hecho trozos y esparcido a través del mal²²”, el mal tiene el límite que Dios le impone en tanto que su naturaleza es ilimitada. El Bien es el límite cuando no se concibe como contrario al mal, el Bien es uno y lo uno es el confín de lo ilimitado. En este sentido, la creación nace de la armonía entre contrarios, Límite-Ilimitado, lo Uno-lo Múltiple, donde el primer término de la oposición se encuentra a una altura distinta del segundo. Por eso apunta Weil: “*Todo bien verdadero comporta condiciones contradictorias, y, por consiguiente, es imposible. Aquel que de verdad mantenga fina su atención en la imposibilidad, y actúe, hará el*

¹⁹ Por esta razón señala Weil: “*A medida que me voy convirtiendo en nada, Dios se ama a través mío*”. La gravedad y la gracia, pag. 82

²⁰ Ibid., pag.85

²¹ Ibid., pag. 91

²² Ibid., pag. 111

*bien*²³. Amar de forma pura es amar la existencia en su combinación de bien y mal, éste último no violenta el amor pero produce sufrimiento sin consuelo, el mal es el ladrón del bien en tanto que realidad, sustrae la presencia del bien por efecto de la gravedad, de la fuerza, del dominio. Esto sucede desde la ignorancia respecto de la presencia de ese bien²⁴, y no puede alterar en nada la pureza del verdadero amor. Únicamente Dios vuelve puro al mal, cualquier otra purificación que se emprenda se hace desde la imaginación. El bien no es otra cosa que su ejercicio a partir del conocimiento y aceptación de la posibilidad de mal, aun cuando éste se presente como un bien. El mundo contiene todos los grados de bien y mal posibles, si bien únicamente en el hombre el mal adquiere el carácter de culpabilidad, puesto que la maldad en la materia inerte se torna inocencia. Al mismo tiempo, sólo nosotros podemos amar, lo cual es inútil y muy difícil. El desgarramiento que produce el amor no posee fin alguno, pero su uso en el vacío purifica el mal.

Con todo esto Weil quiere hacernos ver que el hombre debe, ante todo, amarse a sí mismo. La miseria humana radica en su imposibilidad de egoísmo real mientras se guíe por la ley de la gravedad, el egoísmo es, en tales casos, una ilusión. No es que debamos amar a Dios porque él nos ame, pues, en realidad, sólo se ama a sí mismo. A lo que conduce el vacío es a amarse a uno mismo como condición para que el amor de Dios pueda efectuarse, ya que sólo a través de nuestro amor a nosotros mismos se ama Dios a sí mismo con perfección geométrica. En el *Fedro*, Platón concibe el amor puro como aquel que no ejerce ni sufre violencia, ésta no puede mancharlo pero nada le protege del sufrimiento que de ella se deriva. En realidad, existe aquello que amamos, la existencia no es otra cosa que amor y aceptación a lo real, en esto mismo radica la belleza. La gracia en tanto que ley movimiento descendente a la segunda potencia traza el mismo curso que la ascensión del alma a la Idea de Bien y su posterior bajada en mito de la caverna platónica, se trata siempre de no huir de la soledad ni de la muerte, debemos sentir que irremediabilmente se nos conduce a la Cruz. Por eso, *“la cruz como balanza, y como palanca. Descenso, condición de la subida. Al descender el cielo sobre la tierra eleva a la tierra hacia el cielo”*²⁵. En el vacío todo el mal recae sobre aquel que lo soporta, a ese extremo dolor (el cual no puede amarse) es a lo que Weil denomina la Cruz. La Cruz es la correcta unión de los contrarios, donde el Bien es sólo uno de los términos de los contrarios al tiempo que la superación de ambos (por tanto es algo más que un bien contrapuesto al mal). Por esta razón desear el bien puro (sin objeto) es aceptar el mal que conlleva, que es todo el posible, la desgracia extrema, dolor redentor. Tampoco Cristo deseó la Cruz, pero era necesario que así ocurriera. La obediencia a la necesidad debería ser nuestro único bien. Sin embargo, nuestra obediencia a ella es ciega, como la de la materia inerte (gravedad), es sometimiento activo, y por consiguiente dista en extremo del bien. La creación se produce en forma de ausencia, la mediación suprema entre el creador y la creación, la sufrida por Cristo, también sucede en forma de ausencia divina, en la Cruz Dios está ausente.

Los seres que amamos son producto de encuentros azarosos, nuestra propia existencia lo es. Hay una fragilidad total en los bienes de este mundo, sin embargo el verdadero Bien no es azar ni se encuentra en este mundo. El azar, la brevedad de lo valioso, la fragilidad del encuentro, no se contraponen a la necesidad ni a la eternidad, son expresiones distintas de lo mismo, se trata de nuevo de una correcta unión de contrarios, su mediación se da en Dios. También existe, para Weil, un ateísmo purificador, éstas son sus palabras: *“La religión como fuente de consuelo constituye un*

²³ Ibid., pag. 137

²⁴ Intelectualismo socrático explícito

²⁵ Ibid., pag. 131

*obstáculo para la verdadera fe: en ese sentido, el ateísmo es una purificación*²⁶. Puede verse cómo para esta pensadora la gracia sólo puede alcanzarse mediante un cierto adiestramiento, en el que la voluntad, la atención, y la inteligencia han de movilizarse en su orientación a Dios. No obstante, por sí mismas estas virtudes no son nada si no les ha sido insufladas la energía sobrenatural del amor necesaria para el acceso a la contemplación mística. Su objeto debe ser siempre el mundo, pero la orientación, es decir, el principio heurístico, debe ser sobrenatural.

Conclusiones

Después de este somero recorrido por el pensamiento de Simone Weil, pueden extraerse ciertas conclusiones respecto de los conceptos capitales de gravedad y gracia. La gravedad cubre todo con su manto velando el bien al hombre. Impera sobre lo inerte de modo implacable, mediante una red de causas segundas bien anudada dirige por fuerza y violencia todo cuanto acaece en el mundo natural inerte. Pero no sólo en cuanto a materia se extiende su tiranía, también en el ámbito espiritual rigen sus dictados. No hay duda de que también el hombre está bajo su manto, también en su alma se producen movimientos guiados por la violencia y la fuerza de la necesidad²⁷. Su mecánica en el alma consiste exclusivamente en un equilibrio de energía, se trata de colmar vacíos. A la gravedad le basta con la energía de que dispone en el mundo para realizar sus movimientos, nada ajeno a esa dinámica puede suceder mientras sólo se cuente con lo natural. Sin embargo, en el vacío nos abstenemos de la fuerza, no caemos en tanto que no anhelamos el peso de necesidad, lo cual implica un rebajamiento respecto de lo grave. Podríamos decir que el vacío es un estado de levedad consistente en un descenso a las alturas, donde no contamos con energía natural, ni siquiera con la acción (pues esto es ya un sometimiento a la gravedad). El vacío sólo puede ser colmado por energía sobrenatural externa al vaciado, entonces podemos hablar de gracia. Respecto de la gravedad moral, en el vacío descendemos aparentemente pues, en realidad, se asciende; mejor dicho: se desciende sin gravedad. La gravedad se encuentra a una altura irreal, falsa, superficial, pues, en realidad, se trata de lo más bajo, del peso de la fuerza y la necesidad, su majestuosidad es engañosa. En la gracia se ha producido un descenso sin gravedad, un ascenso propiciado por una energía que no proviene de uno mismo. No obstante, llegar a ese estado de perfección que supone el vacío colmado de amor puro implica un sufrimiento y dolor extremos. Mantener el vacío no es algo corriente, es prácticamente un imposible. Cristo lo hizo para la eternidad, por amor a los hombres medió entre Dios y sus criaturas, constituyendo el paradigma a imitar. Mantener el vacío en uno mismo implica no buscar compensación alguna, esto implica renunciar al tiempo, a la imaginación colmadora de vacíos, supone una descreación que imite la creación divina, un retiro para que nuestra presencia sea pura. El vacío implica la muerte de uno mismo, del yo, así como la obediencia a la necesidad, acto libre contrario al sometimiento a la misma. Amar el mundo en su mezcla de bien y mal, amarse a uno mismo cuando ya no se es nada, conocer la distancia que separa lo necesario de lo bueno son también condiciones del vacío. Aceptar la necesidad y el mal, pero también el azar presente en todo lo valioso, la soledad, el desprestigio social, la rigurosidad para con uno mismo, ante todo rechazar la violencia. Todo esto y más supone un acto sobrehumano, sólo Dios puede ofrecer la energía para el cumplimiento perfecto del vacío moral. En su perfección, en la gracia, Dios colma el vacío (esto no ha de buscarse nunca) de amor, y sin embargo, el justo

²⁶ Ibid., pag.152

²⁷ Para Weil esto afecta también a lo que podríamos denominar *estados psíquicos*.

siente su ausencia desgarrar nuestra alma, experimentando la Cruz. El puro deseo de bien que impulsa el vacío es deseo de belleza, uno actúa inactivamente conforme a lo necesario sin que por ello se obedezca a otra cosa que no sea el bien. La libertad bien entendida nos conduce a la esclavitud, pero no respecto de la necesidad, sino respecto del bien, respecto de Dios. La necesidad no nos llena, únicamente por esta razón podemos actuar conforme a su ley sin mancharnos, voluntariamente la aceptamos como acto de amor puro. Si lo necesario obedece al bien obedecemoslo, sólo que no basta con hacerlo ciegamente, sometiéndonos a su mecánica, como lo hace la materia inerte, nuestra aceptación debe ser libre, de lo contrario es la necesidad la que obra en nosotros y no nosotros quienes, inactivamente, ayudamos a dirigir el curso que ella impone. Nosotros no somos plantas, en la materia inerte el mal se torna inocencia, pero en nosotros es pecado, debemos retirarnos para que Dios pueda penetrar en nosotros y de este modo, obedeciendo a la necesidad no obedecemos más que al bien, lo que supone una nueva mediación entre Dios y el mundo por parte del hombre, es decir, una asimilación geométrica de la Pasión de Cristo, y ello sin pretender recompensa. Amar el mal, la necesidad, el mundo en su gravedad, es amar la belleza, la verdad, el Puro Bien. Devolvemos por amor lo que se nos concedió por amor, pero ¿cuál es la razón para optar por el vacío cuando lo único que encontramos en él es muerte? El amor en su mayor grado de pureza es la única razón o sinrazón, según se mire, que puede impulsarnos a experimentar el vacío.